

Laura Moriarty

Una  
acompañante  
en Nueva York

En los vertiginosos años veinte, dos mujeres  
muy distintas encontrarán su camino

*Traducción:*

CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



MAEVA



PRIMERA PARTE

«Cuando una mujer hermosa cae en la insensatez, siempre  
puede encontrar a alguien que caiga con ella, pero no  
siempre a alguien que vuelva a elevarla  
al nivel que le corresponde.»

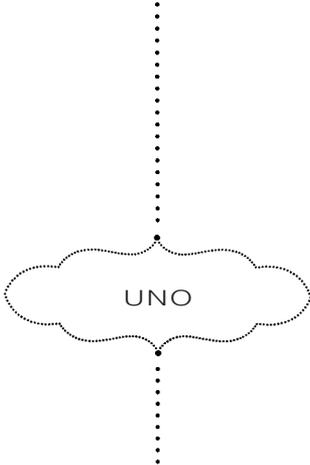
—MR. GRUNDY para *Atlantic Monthly*, 1920

«También le excitaba el hecho de que muchos hombres  
hubiesen amado a Daisy; en su opinión,  
eso aumentaba su valor intrínseco.»

—F. SCOTT FITZGERALD, *El gran Gatsby*, 1925

«¡Garbo no existe! ¡Dietrich no existe!  
¡Solo existe Louise Brooks!»

—HENRI LANGLOIS, 1955



UNO

La primera vez que Cora oyó el nombre de Louise Brooks se hallaba en un Ford modelo T aparcado ante la biblioteca de Wichita, esperando a que parase de llover. Si Cora hubiese estado sola, y sin carga, quizá habría echado a correr por el césped y subido por los peldaños de piedra de la biblioteca, pero esa mañana su amiga Viola Hammond y ella habían ido de puerta en puerta por todo el barrio, recogiendo libros para la nueva sala infantil, y el sustancioso fruto de sus esfuerzos permanecía seco y a buen recaudo dentro de cuatro cajas en el asiento trasero. La tormenta, decidieron, sería pasajera, y no podían arriesgarse a que los libros se mojaran.

Y además, pensó Cora contemplando la lluvia, tampoco tenía nada mejor que hacer. Sus hijos pasarían todo el verano trabajando en una granja en los alrededores de Winfield y se habían ido ya. En otoño se marcharían a la universidad. Cora aún no se había acostumbrado del todo a la tranquilidad, ni a la libertad, de esa nueva etapa en su vida. Ahora, mucho después de terminar Della sus faenas del día, la casa permanecía limpia, sin huellas de barro en el suelo, sin discos esparcidos en torno al gramófono. No había disputas por el coche en que mediar, ni partidos de tenis en el club a los que ir a animar, ni redacciones que elogiar y corregir. La despensa y la heladera estaban bien abastecidas de comida sin necesidad de visitas diarias a la tienda. Ese día, con Alan en el trabajo, no tenía ningún motivo para darse prisa en volver a casa.

—Me alegro de que hayamos utilizado vuestro coche y no el nuestro —comentó Viola a la vez que se reacomodaba el sombrero, que era bonito: un turbante alto adornado con una pluma

de avestruz cayendo en espiral desde la copa—. La gente dice que los coches cerrados son un lujo, pero en un día como este no es así.

Cora le dirigió una sonrisa de modestia, o eso esperaba transmitir. Aquel no solo era un coche cubierto, sino que además tenía arranque eléctrico. «Los coches de manivela no son cosa de damas», como decía el anuncio, aunque Alan había reconocido que tampoco él echaba de menos darle a la manivela.

Viola se volvió y lanzó una ojeada a los libros, en el asiento trasero.

—La gente ha sido generosa —admitió. Diez años mayor que Cora, de sienes ya plateadas, hablaba con la autoridad que le confería su edad—. En general. Te habrás dado cuenta de que Myra Brooks ni siquiera ha abierto la puerta.

Cora no se había percatado. Ella se había ocupado de la otra acera de la calle.

—Tal vez no estaba en casa.

—He oído el piano. —Viola deslizó la mirada hacia Cora—. No se ha molestado en parar de tocar cuando he llamado. Aunque lo hace muy bien, debo admitir.

Un relámpago surcó el cielo al oeste, y si bien las dos dieron un respingo, Cora, sin pensarlo, sonrió. Siempre le habían gustado esas tormentas de finales de primavera. Llegaban en un abrir y cerrar de ojos, avanzando desde la llanura en columnas de nubes en expansión, un grato alivio después del calor del día. Una hora antes, mientras Cora y Viola recolectaban los libros, lucía un sol caliente en el cielo azul. Ahora la lluvia caía con tal fuerza que cortaba las hojas verdes del gran roble plantado ante la biblioteca. Las lilas temblaban y se mecían.

—¿No te parece que es una esnob insoportable?

Cora vaciló. No le gustaba el chismorreo, pero la verdad era que no podía considerar a Myra Brooks amiga suya. ¿Y a cuántas reuniones de sufragistas habían asistido juntas? ¿Cuántas veces se habían manifestado juntas en la calle? Así y todo, si Cora se cruzara en ese momento con Myra en Douglas Avenue, esta ni siquiera la saludaría. Pero siempre había tenido la sensación de que Myra actuaba de esta manera no tanto por esnobismo como porque simplemente no registraba su existencia, y cabía

la posibilidad de que no fuera nada personal. Al parecer, Myra Brooks no miraba a nadie, según había observado Cora, no a menos que fuera ella quien hablaba, y en ese caso solo miraba a los demás porque estaba pendiente de la impresión que causaba. Y sin embargo a ella sí la miraba todo el mundo, claro. Era tal vez la mujer más hermosa que Cora había visto en persona: tenía una tez pálida, sin tacha, y grandes ojos oscuros, además de todo aquel pelo abundante y oscuro. Sin duda poseía talento como oradora: nunca hablaba con voz estridente y su dicción era nítida. Pero todos sabían que la razón por la que Myra se había convertido en una portavoz especialmente útil para el movimiento era su físico, un buen antídoto ante la idea que ofrecía la prensa sobre la imagen de una sufragista. Y saltaba a la vista que era inteligente, cultivada. Según decían, lo sabía todo sobre la música, conocía las obras de todos los compositores famosos. Y sabía cautivar, eso por descontado. Una vez, desde el estrado, miró a Cora a los ojos y le sonrió como si fueran amigas.

—En realidad no la conozco —dijo Cora. Volvió a mirar por el parabrisas borroso y observó a la gente que salía de un tranvía y corría para ponerse a cubierto. Alan había ido a trabajar en tranvía, y por eso ella pudo disponer del Ford.

—Pues yo te informaré: Myra Brooks es una esnob insoponible. —Viola se volvió hacia Cora con una sonrisita, y la pluma de avestruz le rozó la barbilla—. Este es el último ejemplo: acaba de enviar una nota a la secretaría del club. Por lo visto, *madame* Brooks busca a alguien para que acompañe a una de sus hijas a Nueva York este verano. La mayor, Louise, ha sido admitida en una prestigiosa academia de danza de allí, pero solo tiene quince años. De hecho, Myra quiere que vaya con ella una de nosotras. ¡Durante más de un mes! —Viola parecía gratamente indignada, las mejillas arreboladas, los ojos encendidos—. Francamente, ¿qué quieres que te diga? Pero ¿qué se ha creído? ¿Que somos las criadas? ¿Que una de nosotras será su niñera irlandesa? —Fruunció el ceño y movió la cabeza en un gesto de negación—. Casi todas tenemos maridos progresistas, pero no me imagino a ninguno de ellos prescindiendo de su esposa durante más de un mes para

que vaya nada menos que a Nueva York. Y ella, Myra, no puede ir de tan ocupada como está. Tiene que quedarse tirada en su casa, tocando el piano.

Cora apretó los labios. Nueva York. Sintió de inmediato el anhelo de otros tiempos.

—Bueno, debe de tener otros hijos a los que cuidar.

—Sí, claro que sí, pero esa no es la razón. No se ocupa de ellos. No tienen madre, esos niños. La pobre Louise va a catequesis sola. El tutor es Edward Vincent, y cada domingo pasa a recogerla por su casa y luego la lleva de vuelta. Lo sé porque me lo ha contado la esposa de él. Myra y Leonard son presuntamente presbiterianos, pero nunca se los ve en la iglesia, ¿verdad que no? Es que son muy sofisticados, ¿entiendes? Tampoco obligan a los otros hijos a ir.

—Eso dice mucho en favor de la hija, que hace el esfuerzo de ir sola. —Cora ladeó la cabeza—. No sé si la he visto alguna vez.

—¿A Louise? Huy, te acordarías. Es inconfundible. Tiene el pelo negro como Myra, pero totalmente liso, como una oriental, y lo lleva cortado a lo paje. —Viola se señaló justo por debajo de las orejas—. No es por seguir la moda del peinado *bob*. Se lo cortó hace ya años, cuando se mudaron aquí. Lo lleva demasiado corto y austero... Horrible, en mi opinión, nada femenino. Aun así, debo decir que es una chica guapísima. Más que su madre. —Sonriendo, se recostó en el asiento—. En eso hay cierta justicia, creo yo.

Cora intentó imaginarse a esa chica morena, más hermosa que su hermosa madre. Se llevó la mano enguantada a la parte de atrás del pelo, que era oscuro pero no destacaba. Desde luego no lo tenía totalmente liso, pero le quedaba presentable, o eso esperaba, recogido bajo el sombrero de paja. Le habían dicho que el suyo era un rostro agraciado, de expresión amable, y podía considerarse afortunada por su buena dentadura. Pero en conjunto eso no daba lugar a una belleza rutilante. Y contaba ya treinta y seis años.

—Mis propias hijas amenazan con cortarse el pelo —comentó Viola con un suspiro—. Tonterías. Eso del *bob* no es más que una fiebre. Cuando pase, todas las que se han dejado arrastrar por

la moda tardarán años en volver a tenerlo largo. Mucha gente se niega a contratar a chicas con el peinado *bob*. Yo intento prevenirlas, pero no me hacen caso. Se ríen de mí. Además, tienen su propio vocabulario, un código secreto que utilizan ellas y sus amigas. ¿Sabes cómo me llamó Ethel el otro día? Me llamó *wurp*. Esa palabra no existe. Pero cuando se lo digo, se echan a reír.

—Solo quieren ponerte nerviosa —dijo Cora con una sonrisa—. Y estoy segura de que a la hora de la verdad no se cortarán el pelo. —Ciertamente parecía poco probable. En las revistas se veía un sinfín de chicas con el pelo corto, pero en Wichita el *bob* era todavía una rareza—. Aun así, opino que a algunas chicas les queda bien —añadió Cora tímidamente—. El pelo corto, quiero decir. Y una debe de sentirse más fresca y más ligera. Imagina: podrías tirar todas tus horquillas a la basura.

Viola la miró enarcando las cejas.

—No te preocupes. No lo haré. —Cora volvió a tocarse el pelo por detrás—. Aunque quizá sí lo haría si fuera más joven.

Ahora la lluvia, más intensa, repiqueteaba con fuerza en el techo del coche. Viola se cruzó de brazos.

—Pues si mis hijas se cortan el pelo, no será para tirar las horquillas a la basura, eso te lo aseguro. Lo harán para provocar. Para tener un aspecto provocativo. En eso consiste la moda hoy día, según parece. Eso es lo que se proponen todos los jóvenes. —Más que confusa o indignada, se la veía escandalizada—. No lo entiendo, Cora. Las crié para que tuvieran sentido del decoro. Y de pronto las dos están obsesionadas con enseñar las rodillas a todo el mundo. Se recogen las faldas al salir de casa. Me he dado cuenta por las cinturillas. Sé que me desafían. Además, se bajan las medias. —Mientras contemplaba la lluvia, se formaron arrugas bajo sus ojos—. Lo que no entiendo es por qué lo hacen, qué se les ha metido en esas cabecitas tuyas, cómo es que no les preocupa la imagen que ofrecen. Cuando yo era joven, nunca sentí la necesidad de enseñar las rodillas en público. —Cabeceó—. Esas dos me dan más disgustos que mis cuatro hijos varones juntos. Te envidio, Cora. Tienes suerte de tener solo hijos.

Quizá, pensó Cora. Ciertamente le complacía la actitud masculina de los gemelos, su salud robusta y su seguridad en sí mismos, su gusto práctico en la indumentaria, sus reconciliaciones fáciles después de las peleas acaloradas. Earle era más menudo y callado que Howard, pero incluso él parecía capaz de olvidarse de todas las preocupaciones cuando empuñaba una raqueta o un bate. A Cora le agradaba también que los dos quisieran trabajar en una granja, y que vieran la vida rural y la actividad física como una aventura, aunque le preocupaba que no imaginasen siquiera la cantidad de trabajo a la que se habían comprometido. Y sabía que en efecto había sido afortunada con sus hijos, y no únicamente en el sentido que le daba Viola. Los Henderson, sus vecinos, tenían un hijo solo cuatro años mayor que los gemelos. Pero esos pocos años habían representado una gran diferencia: Stuart Henderson murió a principios de 1918, combatiendo en Francia. Al cabo de cuatro años, Cora aún no salía de su asombro. Para ella, Stuart Henderson sería siempre un adolescente desgarbado que sonreía y saludaba desde su bicicleta a sus propios hijos, estos por entonces pequeños, todavía en pantalón corto. Sin duda, parecía que la suerte con los hijos dependía del momento en que nacían.

Pero al margen de lo que dijera Viola, Cora pensaba que se las habría arreglado igual de bien de haber tenido hijas. Posiblemente, con la combinación adecuada de instrucción y comprensión, no habría tenido el menor problema con niñas. Quizá Viola se equivocaba en su planteamiento.

—Te lo digo en serio, Cora. A esta nueva generación le pasa algo. No les interesa ninguna de las cosas importantes. Cuando nosotras éramos jóvenes, deseábamos votar. Queríamos la reforma social. Hoy día las chicas solo quieren... pasearse por ahí prácticamente desnudas para que las contemplen. Es como si no tuvieran ninguna otra vocación.

Cora no podía discrepar. Realmente era un escándalo la cantidad de piel que enseñaban las chicas en esos tiempos. Y ella no era una vieja puritana ni una señora Grundy, y casi con toda certeza no era una *wurp*, aunque tampoco ella sabía qué significaba esa palabra. Cora se alegró cuando los dobladillos subieron

veintidós centímetros por encima del tobillo. Se veía un poco la pierna, cierto, pero ese cambio parecía sensato: se acabó eso de arrastrar las faldas por el barro, de llevar a casa la fiebre tifoidea y a saber qué más. Y un dobladillo hasta las pantorrillas era sin duda preferible a las ridículas faldas de tubo, estrechísimas en torno a los tobillos, con las que ella misma, en su día, había ido de aquí para allá con paso tambaleante, y todo por seguir la moda. Aun así, ahora las chicas lucían faldas tan cortas que enseñaban las rodillas cada vez que soplaba el viento, y para eso no existía ninguna razón práctica. Viola tenía razón: una chica con una falda así de corta solo quería que la miraran, y que la miraran de una manera determinada. Cora incluso había visto a unas cuantas mujeres de su misma edad enseñar las rodillas, allí en Wichita, y la verdad era que esas matronas medio desnudas ofrecían una imagen especialmente vulgar, o eso opinaba ella.

Viola la miró y se le iluminó el rostro.

—Esa es una de las razones por las que voy a unirme al Klan.

Cora se volvió.

—¿Cómo?

—El Klan. El Ku Klux Klan. Enviaron a un representante al club la semana pasada. Ojalá hubieras estado allí, Cora. Tienen mucho interés en que se incorporen mujeres, en que ocupen cargos.

—No lo dudo —musitó Cora—. Nosotras votamos.

—No seas cínica. Hablaron de cuestiones mucho más concretas. Saben que están en juego asuntos serios que atañen a las mujeres, y que las mujeres necesitan participar en la lucha. —La pluma de avestruz oscilaba mientras hablaba—. Se oponen a toda esta modernización, todas estas influencias externas en nuestra juventud. Están interesados en la pureza racial, desde luego, pero están igual de interesados en inculcar pureza personal en las jóvenes. Necesitamos mantener pura nuestra raza, y bien sabe Dios que necesitamos preservar su continuidad. Mi cuñado dice que se avecina un auténtico asalto al poder, y lo están planeando todo en los sótanos del Vaticano. Esa es la verdadera razón por la que los católicos tienen tantos hijos, ¿sabes?, y entretanto nosotros solo tenemos uno o dos, o ninguno... —La voz de Viola se apagó. Apretó los labios. Cora tardó un

momento en comprender—. Lo siento. No me refería a ti. Tu situación es distinta.

Cora le restó importancia con un gesto. Los gemelos eran sus únicos hijos. Pero tanto ella como Viola guardaron silencio por un momento, y únicamente se oyó el golpeteo de la lluvia.

—En cualquier caso —añadió por fin Viola—, creo que sería bueno para las chicas mezclarse con personas buenas y morales.

Cora tragó saliva, sintiendo que le faltaba el aliento. Llevaba corsé un día tras otro desde hacía tantos años que casi nunca lo percibía como una incomodidad. Le parecía que formaba parte de su cuerpo. Pero en momentos de malestar, como ese, cobraba conciencia de la opresión en su caja torácica. Tendría que elegir las palabras con cuidado. No podía mostrar un interés personal.

—Huy, Viola. ¿El Klan? No sé —dijo con tono despreocupado, para no delatar su verdadera opinión—. Con esos hábitos blancos, y esas capuchas con los horripilantes agujeros para los ojos... —Agitó las manos enguantadas—. Y todo eso de los brujos y los brujos mayores y las hogueras... —A la vez que sonreía, observó los pequeños ojos azules de Viola, analizando lo que veía en ellos. Tenía que plantearse sus opciones, el mejor camino hacia el resultado deseado. Viola era mayor, pero Cora era más rica. Podía sacar partido de eso—. Simplemente parece un poco... vulgar. —Se encogió de hombros, en actitud de disculpa.

Viola ladeó la cabeza y dijo:

—Pero mucha gente es...

—Precisamente.

Cora volvió a sonreír. Había elegido la palabra correcta, la más exacta. Era como si estuvieran de compras en los grandes almacenes Innes y Cora hubiese mostrado desdén ante una porcelana con un dibujo feo. Sabía ya, con toda certidumbre, que Viola se lo replantearía.

Cuando paró de llover, se apearon y llevaron las cajas adentro, esquivando los charcos, dos viajes cada una. Dentro, mientras esperaban a la bibliotecaria, charlaron de otras cosas. Hojearon un ejemplar en un estado impecable de *Alicia en el*

*País de las Maravillas*, sonriendo ante las ilustraciones. Se detuvieron en el hotel Lassen para tomar un té, y después Cora llevó a Viola a casa.

Muchos años más tarde, este tranquilo regreso a casa con Viola sería la parte de la historia a causa de la cual Cora, al contarla, perdería momentáneamente la buena opinión que de ella tenía una sobrina nieta a la que adoraba. Esta sobrina nieta, quien a los diecisiete años, dicho sea de paso, llevaba el pelo mucho más largo de lo que habría querido su madre, en 1961 se echaría a llorar de pura frustración por no tener edad para unirse a los Jinetes de la Libertad en el sur. A menudo reñía a Cora por emplear la expresión «de color», pero en general le demostraba más paciencia que a sus padres, entendiendo que su tía Cora no era una persona odiosa, sino solo una anciana con un lenguaje contaminado.

Pero esa paciencia se vio puesta a prueba cuando oyó hablar de Viola. La sobrina nieta de Cora no podía comprender por qué su tía abuela había conservado la amistad de una mujer que se planteó siquiera unirse al Klan. ¿Es que no sabía qué le hacían a la gente? Su sobrina nieta miraba a Cora con desprecio, los ojos llorosos y desolados. ¿Es que no estaba al corriente de sus cobardes crímenes? ¿Del asesinato de personas inocentes?

Sí, decía Cora, pero al final Viola no se incorporó al Klan. Solo porque era una esnob, replicaba su sobrina nieta. No porque el Klan fuera repugnante. Eran otros tiempos, se limitaba a decir Cora, defendiendo a su vieja amiga, que ya había muerto hacía tiempo. (De cáncer. Había empezado a fumar cuando sus hijas adquirieron este hábito.) Ten en cuenta las cifras, intentaba explicar Cora. Aquel día lluvioso con Viola tuvo lugar a principios del verano de 1922, cuando el Klan contaba con seis mil miembros en el término municipal de la ciudad, y en Wichita solo había ocho mil almas en total. Eso no era anormal en aquellos tiempos. El Klan iba en aumento en muchas localidades, en muchos estados. ¿Acaso la gente era más tonta entonces? ¿Más vil? Podía ser, admitió Cora. Pero era un error pensar que si

hubieras vivido en esa época, no habrías pecado de la misma ignorancia, siendo incapaz de salir de ella por medio del razonamiento. La propia Cora había escapado de esa estupidez en particular solo por sus circunstancias especiales. Otras confusiones la habían acompañado durante más tiempo.

Ahora hay estupidez de sobra, afirmó la sobrina nieta, y yo sé distinguirla. Ciertamente, concedió Cora, y yo me enorgullezco de ti por eso. Pero quizá haya aún más, y tú no te das cuenta. ¿Sabes de qué estoy hablando, cariño? Para alguien que se cría junto a los corrales, ese olor es sencillamente el olor del aire. No sabes qué podría pensar de ti algún día una persona más joven, y del hedor que aún respiramos sin darnos cuenta, sea el que sea. Escúchame, cariño. Por favor. Soy vieja, y esto es algo que he aprendido.

Después de dejar a Viola en su casa, Cora regresó al centro y aparcó en Douglas, justo delante del despacho de Alan. Nadie la miró dos veces cuando se apeó del coche. Apenas dos años antes, uno de los acontecimientos más comentados en la Feria del Trigo anual fue el Desfile de Conductoras. Ni siquiera entonces los organizadores tuvieron grandes dificultades para encontrar a casi veinte mujeres deseosas de exhibir su aptitud al volante de distintos coches. Cora condujo el quinto de la fila, con Alan sentado orgullosamente junto a ella.

Tuvo que empujar con fuerza la enorme puerta del despacho de Alan, y cuando por fin logró abrirla vio y percibió por qué le había costado tanto. El ventanal de la sala delantera estaba abierto a la brisa enfrida por la lluvia, y un gran ventilador eléctrico apuntaba directamente hacia ella. A su izquierda se sentaban dos jóvenes mecanógrafas a las que no conocía. La secretaria de Alan, de pie detrás de otro escritorio, accionaba con las dos manos el manubrio de una multcopista rotativa. Cuando reparó en la presencia de Cora, se interrumpió.

—¡Vaya, señora Carlisle! ¡Encantada de verla!

Cora advirtió que el tecleo cesaba y las mecanógrafas alzaban la vista para mirarla de arriba abajo. A ella no le sorprendió verse

sometida a tal examen. Su marido era un hombre apuesto. Cora sonrió a las chicas. Las dos eran jóvenes, y una de ellas muy bonita. Ninguna planteaba la menor amenaza.

—Permítame avisarlo de que está usted aquí —dijo la secretaria. Llevaba un delantal manchado de tinta sobre el vestido.

—No, no —respondió Cora, echando una ojeada a su reloj—. No lo moleste, por favor. Son casi las cinco. Esperaré.

Pero la puerta del despacho de Alan se abrió. Él asomó la cabeza y sonrió.

—¡Cariño! Ya me parecía a mí que había oído tu voz. ¡Qué agradable sorpresa!

Se dirigía ya hacia ella con los brazos extendidos, alto y esbelto con su terno: una imagen digna de verse, ciertamente. Tenía doce años más que Cora, pero conservaba una buena mata de cabello castaño oscuro. Cora miró de soslayo a las mecanógrafas justo lo suficiente para comprobar que mantenían toda su atención puesta en ella, como si fuera la heroína de una película muda. Alan se inclinó para besarla en la mejilla, emanando un tenue aroma a puro. A Cora le pareció oír suspirar a alguien.

—Te has mojado —comentó él, tocándole el ala del sombrero con dos dedos. Lo dijo con cierto tono de reprensión.

—Ya solo chispea, pero es posible que vuelva a llover más —dijo ella en voz baja—. He pasado para ver si querías que te llevara a casa. No pretendía interrumpirte.

Su aparición no era ninguna molestia, aseguró él. Le presentó a las mecanógrafas y elogió sus aptitudes a la vez que guiaba a Cora con delicadeza hacia su despacho apoyando la mano en su cintura. Había allí unos hombres que quería que conociera, dijo, unos clientes nuevos de la compañía del gas y el petróleo. Tres hombres se pusieron en pie cuando Cora entró y ella los saludó cortésmente, intentando memorizar sus rostros y sus nombres. Estaban encantados de conocerla, dijo uno: su marido había hablado de ella en términos muy elogiosos. Cora fingió sorprenderse, desplegando una sonrisa tan ensayada que parecía real.

Y al cabo de un momento eran ya las cinco, hora de marcharse. Alan estrechó la mano a los tres hombres, se puso el sombrero, tomó el paraguas del paraguero y, bromeando, se disculpó

por las prisas, pero su coche lo esperaba. Los hombres le sonrieron a él y luego a ella. Alguien propuso una velada en un futuro cercano. Su mujer telefonaría a Cora para ponerse de acuerdo en la fecha.

—Será un placer —dijo ella.

Cuando salieron, la lluvia, en efecto, había arreciado. Alan se ofreció a acercar el coche a la puerta, pero ella insistió en que no era necesario si compartían el paraguas. Corrieron hacia el coche, muy juntos, con las cabezas gachas. Él le abrió la puerta y le ofreció el apoyo del brazo mientras ella subía al asiento del acompañante, tapándola en todo momento con el paraguas hasta que ella estuvo a salvo dentro.

En el coche seguían manteniendo un trato cordial, aunque el ambiente entre ellos siempre era distinto cuando estaban a solas. Cora le habló de la biblioteca y la sala infantil, y él la felicitó por su buena acción. Ella dijo que había estado fuera de casa casi todo el día. Tendría que calentar un poco de sopa para la cena, pero había pasado por el mercado y podía preparar una buena ensalada, y quedaba pan. Una cena ligera le parecía bien, dijo él. Ahora que los chicos se habían ido, no era lo mismo sentarse a la mesa para una comilona, y más les valía acostumbrarse. Si tomaban un bocado rápido, añadió él, podían ir luego al cine y ver la película que hubiera en cartel. Cora accedió, complacida con la idea. De cuantos maridos conocía, el suyo era el único dispuesto a acompañarla a ver cualquier cosa; de hecho, había aguantado entera *El caíd* sin poner cara de hastío cuando salía Valentino. En ese sentido, Cora tenía suerte. Tenía suerte en muchos sentidos.

Así y todo, se aclaró la garganta.

—Alan, ¿conoces a Leonard Brooks?

Cora aguardó su gesto de asentimiento, pese a que ya sabía la respuesta. Alan conocía a todos los demás abogados de la ciudad.

—Verás —prosiguió ella—, su hija mayor ha entrado en una academia de danza de Nueva York. Su mujer y él quieren que una mujer mayor casada la acompañe. Durante el mes de julio, y parte de agosto. —Frotó los labios entre sí—. Creo que voy a ir.

Cora lanzó una breve mirada a Alan y advirtió su sorpresa antes de volverse de nuevo hacia su ventanilla. Ya se acercaban a casa, circulando por las calles arboladas, dejando atrás las bonitas residencias y los cuidados jardines de sus vecinos. Era mucho lo que echaría de menos en su ausencia: las reuniones en el club y el té con las otras mujeres, el picnic de verano en los montes Flint. Muy probablemente se perdería el nacimiento del cuarto hijo de una amiga, lo cual era una pena, ya que iba a ser la madrina del niño. Echaría en falta a sus amigas, y también a Alan, naturalmente. Y esas calles que tan bien conocía. Pero su mundo seguiría allí cuando ella regresara, y esa era su ocasión para ir.

Alan guardó silencio hasta que se detuvieron ante la casa. Cuando habló, lo hizo con voz queda y tono cauto.

—¿Cuándo has tomado esa decisión?

—Hoy. —Cora se quitó un guante y, recorriendo el cristal con la yema de un dedo, siguió la trayectoria de una gota de lluvia—. No te preocupes. Volveré. No es más que una pequeña aventura. Como la de los gemelos en la granja. Estaré de regreso antes de que se marchen a la universidad.

Cora alzó la vista para contemplar la casa, preciosa incluso bajo la lluvia, aunque demasiado grande para ellos. Era una casa construida —y comprada— para una familia numerosa, pero, dadas las circunstancias, nunca habían utilizado la tercera planta más que como cuarto de juegos, y más tarde a modo de almacén. Aun así, ni siquiera ahora que los gemelos se habían marchado querían venderla, ni Alan ni ella. Seguía agradándoles ese vecindario tranquilo, y también les gustaba la casa, lo majestuosa que se veía desde la calle con su porche circundante y la torreta rematada en punta. Se decían, a modo de justificación, que para los gemelos sería agradable reencontrarse con un lugar familiar cuando regresaran a casa. Conservarían las habitaciones de los chicos tal como ellos las habían dejado, con las camas hechas, sus antiguos libros en las estanterías, para atraerlos así en las vacaciones de verano y en las fiestas.

—¿La ciudad de Nueva York? —preguntó Alan.

Ella asintió.

—¿Tienes alguna razón en particular para querer ir?

Ella se volvió y abarcó con una sola mirada sus ojos de expresión cálida y su mentón hendido, bien afeitado. La primera vez que ella le vio la cara, no era más que una niña. Hacía diecinueve años que vivían bajo el mismo techo. Él sabía cuál era esa razón en particular.

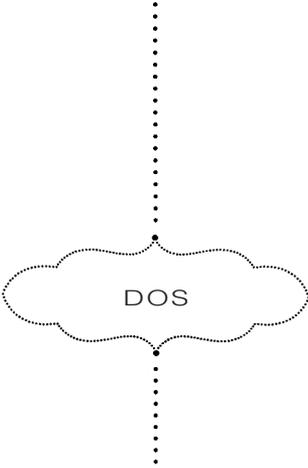
—Puede que escarbe un poco —contestó ella.

—¿Estás segura de que es lo mejor?

—Puedo hablar con Della por la mañana para que venga más temprano, o que se quede hasta más tarde. O lo uno y lo otro. —Sonrió—. En el peor de los casos, ganarás peso. Es mucho mejor cocinera que yo.

—Cora. —Alan cabeceó—. Sabes que no es eso lo que estoy preguntando.

Ella desvió la mirada, con la mano apoyada ya en la puerta. Dio por concluida la conversación. Había tomado la decisión de ir, y como los dos sabían muy bien, entre ellos ya estaba todo dicho.



DOS

Los Brooks vivían en North Topeka Street, tan cerca de casa de Cora que otra mujer habría tardado menos de un cuarto de hora en ir a pie. Pero a Cora le llevó mucho más tiempo porque, como era su costumbre desde hacía tiempo, cada vez que oía el motor de un coche que pasaba, levantaba el parasol para ver si era alguien a quien conocía. Si un amigo suyo o de Alan tenía la amabilidad de parar para preguntar si necesitaba que la llevara o para hacer algún comentario sobre el tiempo de aquella magnífica mañana de junio, ella se detenía con mucho gusto para conversar durante unos minutos. Agradecía la vida de barrio, sobre todo en esa pequeña ciudad que aún le parecía muy grande después de tantos años. Esa mañana, no obstante, dijo que no a cuantos se ofrecieron a llevarla en coche, y se limitó a explicar que iba a reunirse con una amiga.

Aun así, llegó a su destino a tiempo, ya que había salido de casa temprano en previsión de las distracciones, y el reloj marcaba las once en punto cuando tuvo a la vista la casa de los Brooks. Pese a estar pintada de un gris apagado, era difícil pasarla por alto. En una manzana de casas grandes, era con diferencia la mayor de todas; sus tres plantas ocupaban más de la mitad de la distancia entre la calle y el callejón trasero. En realidad, parecía excesiva, demasiado grande para la parcela de tamaño medio que ocupaba. Todas las ventanas delanteras estaban abiertas a la brisa, excepto una con una grieta irregular a lo largo del marco, quizá demasiado frágil para levantarla. El césped alrededor estaba recién cortado, y varios lilos, aún en flor, encuadraban el umbrío porche de piedra

caliza. Cuando Cora subió por los peldaños de la escalinata, un abejorro la circundó dos veces antes de perder interés y alejarse zumbando.

Myra abrió la puerta con una sonrisa, y Cora recordó de pronto, no sin cierta sorpresa, lo menuda que era su anfitriona. La propia Cora era de estatura algo inferior a la media y no estaba habituada a bajar la vista para mirar a otra mujer adulta, pero superaba a Myra casi en diez centímetros. La imagen que tenía de Myra no era de una mujer baja: no se la veía precisamente baja cuando estaba en el estrado, y tenía la voz grave de una mujer más alta. Pese a su escasa estatura, Cora nunca había oído a nadie calificar a Myra Brooks de «mona» o «adorable» o siquiera «bonita». Decían que era «hermosa» o «cautivadora» o «atractiva». Ese día, incluso el cuello pálido de Myra parecía largo, alzándose desde una blusa de seda blanca con cuello camisero redondo, y la falda, con la cintura pinzada y un pudoroso dobladillo justo por encima del tobillo, confería a su cuerpo una apariencia aún más alargada. Un mechón de pelo oscuro había escapado del moño, en la parte de atrás de la cabeza, y le caía casi hasta el hombro.

—Cora. Cuánto me alegro de verte. —Tenía una voz apaciguadora, melodiosa y casi convincente. Por teléfono había simulado saber quién era Cora. Ahora tomó con una mano la de Cora y con la otra el parasol—. ¿Has venido caminando? ¿Con este calor? Me tienes impresionada. Yo con este sol me amustio, te lo aseguro.

—No son más que unas pocas manzanas —respondió Cora, pese a tener la espalda húmeda de sudor. Sacó el pañuelo del bolso y se enjugó la frente con unos toquecitos. Myra esperó, y era cierto que, examinándola de cerca, se la veía un tanto rendida. Llevaba mal abrochados los botones de nácar de la blusa, con lo que le quedaba un ojal de más en la garganta y un botón de nácar de más en la parte de abajo.

—Ven a sentarte, por favor. Te traeré una limonada. ¿O prefieres un té? Y perdona por el estado de la casa. —Sacudió la cabeza, apartando la mirada—. La chica suele venir a las nueve, pero por alguna razón hoy no ha dado señales de vida. Y no tiene

teléfono, claro está. —Levantó las manos al aire y suspiró—. Lo único que puede hacerse es esperar.

Cora asintió, comprensiva, aunque ella siempre intentaba limpiar lo mejor posible antes de que Della llegase, para no causarle una mala impresión, para que Della no volviera a su casa y contara a los suyos que su señora blanca era muy dejada. Mientras seguía a Myra al salón, vio claramente que a su anfitriona no le agobiaba esa clase de preocupaciones. La sala en sí era preciosa, amplia y diáfana, y corría el aire gracias a las dos grandes ventanas. Pero reinaba el desorden. En el suelo, sin motivo aparente, había una cuchara, una estilográfica, una raqueta de bád-minton, un calzador y también una muñeca desnuda a la que le faltaba un ojo azul. Más allá, asomando debajo de un encantador canapé de brocado, se veían unos calcetines sucios al lado de un ejemplar abierto y boca abajo de *Cándido*. Cora fingió no ver los calcetines e intentó respirar por la boca. Pese a las ventanas abiertas, impregnaba el aire un claro olor a pan quemado.

Myra suspiró.

—He estado toda la mañana trabajando en el piso de arriba. La semana que viene doy una charla sobre Wagner. —Se agachó para recoger la cuchara, la muñeca y la raqueta—. Los niños me están volviendo loca. Se supone que ni siquiera deberían entrar en el salón. Estoy muy abochornada, de verdad. Enseguida vuelvo. ¿Un té? ¿Has dicho que te apetece un té? ¿O limonada?

Cora tardó un momento en contestar. Había esperado la perfección, habitaciones tan hermosas como la propia Myra.

—Una limonada está bien.

Myra salió por una puerta corredera y la cerró. Cora se quedó de pie donde estaba, preguntándose si debía esconder de un puntapié los calcetines sucios debajo del canapé. Tras una breve vacilación, lo hizo, y después, satisfecha del resultado, volvió a examinar el salón. Había libros, observó, por todas partes. *El latín sin esfuerzo* descansaba en el alféizar de la ventana, y el marcapáginas, una cinta verde deshilachada, flameaba por efecto de la brisa. Una pequeña pila de libros se alzaba en la mesita de centro. Se acercó un paso y echó un vistazo a los títulos. *Los poemas de Goethe*.

*Un artista en Corfú. Las aventuras de Sherlock Holmes. El origen de las especies.* En el suelo, bajo una silla tapizada, vio *Las obras selectas de Shakespeare*, colocado allí como si fuera un escabel.

Unos pasos rápidos descendieron por una escalera entre los crujiidos de los peldaños, y al cabo de un momento entró desde el pasillo una niña de pelo rizado de unos siete años. Con una cuchara comía de una taza de té algo que parecía baño de chocolate, y tenía embadurnadas la pechera de la blusa, las mejillas pálidas y la punta de la nariz. Se sobresaltó al descubrir la presencia de Cora.

—Hola —saludó Cora con su tono más tierno—. Soy la señora Carlisle, amiga de tu madre. Estoy aquí esperándola.

La niña engulló otra cucharada de chocolate.

—¿Dónde está mi madre?

Cora señaló con la cabeza la puerta corredera cerrada.

—Ahí dentro, creo.

La puerta se abrió. Myra entró despreocupadamente en el salón con un vaso de limonada en cada mano. Su sonrisa desapareció en cuanto vio a la niña.

—Cariño, ¿qué comes? —Aunque habló con suavidad, sin levantar la voz, entregó a Cora las dos limonadas para quitarle la taza y la cuchara a la niña. Miró el contenido de la taza y torció el gesto—. June. Esto no es un almuerzo aceptable. No veo necesidad de decírtelo. Ve al baño y lávate la cara. Luego ve a buscar a Theo.

—Está jugando al bádminton él solo —respondió la niña—. Ha dicho que no quería jugar con nadie.

—Tonterías. Acabo de encontrar la otra raqueta donde él no debería haberla dejado, y ahora está junto a la puerta de atrás. Cuando te hayas lavado, ve a buscarla, y luego sal a jugar con Theo. Mamá tiene visita. Y no se hable más.

Dicho esto, Myra se volvió hacia Cora, de nuevo sonriente, y recuperó una de las limonadas. Ahora, advirtió Cora, tenía bien abrochada la blusa.

—Por favor —dijo, señalando la silla tapizada.

—¡Cuántos libros! Estoy impresionada —comentó Cora. Al sentarse, procuró no tocar con los pies el Shakespeare que había bajo la silla.

—Ah. —Myra puso cara de desesperación—. Los niños siempre los dejan tirados por ahí. No pueden guardarlos en la biblioteca porque Leonard tiene allí los libros de derecho. De hecho, esa parte de la casa está inclinándose de tantos como hay, y pesan lo suyo. —Vio sonreír a Cora y movió la cabeza—. No. En serio. Los cimientos se han hundido treinta y cinco centímetros. Por eso se agrietan las ventanas. Y no está dispuesto a deshacerse de un solo libro.

Cora rebuscó en su cabeza alguna queja menor que plantear sobre Alan, aunque solo fuera para manifestar comprensión. Pero no se le ocurrió nada comparable. Alan también tenía muchos libros de derecho, pero estaba segura de que si los cimientos empezaran a hundirse bajo su peso, él se desprendería de unos cuantos.

Se miraron. Cora consideraba que era Myra quien debía iniciar la conversación.

—Una niña preciosa —comentó, señalando la puerta corredera por la que había desaparecido June.

—Gracias. Espera a ver a Louise.

Cora la miró sin comprender. Myra reparó en su expresión y se encogió de hombros.

—Nunca la has visto, deduzco. Disculpa. Solo pretendo ser franca. Pienso que debo serlo, dado el carácter de la... misión para la que te has ofrecido voluntaria. —Miró a Cora con escepticismo—. Debes saber que serás la acompañante de una chica que no solo es excepcionalmente guapa, sino también muy terca.

Cora se quedó desconcertada de nuevo. Por lo visto, no hacía falta conversación alguna: Myra ya había decidido que Cora era una acompañante adecuada. Cora había imaginado que recibiría la aprobación a posteriori, junto con alguna muestra de gratitud, pero también había esperado que Myra hiciera antes alguna pregunta, algún simulacro de entrevista.

—He oído decir que es muy guapa —respondió Cora.

—¿Y qué más has oído decir?

Cora se irguió.

—¡No! ¡No me refiero a nada espantoso! —Myra se inclinó y dio a Cora una palmada tranquilizadora en el brazo. Tenía las

manos grandes para una mujer tan pequeña, los dedos estrechos y largos—. No pretendía alarmarte. Solo... Supongo que tienes muchas amigas en la ciudad. —Volvió a reclinarsse y cruzó los tobillos—. Me preguntaba si habías hablado, por ejemplo, con Alice Campbell.

Cora negó con la cabeza. La limonada estaba tan ácida que apenas podía beberse. Tuvo que esforzarse para no hacer un mohín.

—Verás, Alice Campbell da clases de danza y dicción en la Academia de Música de Wichita. —Myra pronunció esta frase como si fuese algo risible, una broma en sí misma—. Louise estudió con ella varios años. Se tiraban los trastos a la cabeza, por así decirlo. La señora Campbell la consideraba... —Miró por una de las grandes ventanas, como si buscara las palabras exactas— mimada, irascible y ofensiva. Añadió otros adjetivos, recuerdo. El caso es que expulsó a Louise de las clases.

Cora arrugó la frente. Iría a Nueva York. Ya lo había decidido. Si se echaba atrás, quizá no fuera nunca. Aun así, ese dato complicaba la idea que se había formado del viaje que la esperaba.

—No diré que esas cosas no sean verdad —prosiguió Myra, dejando el vaso en la mesa—. O que lo sean a veces. —Sonrió—. Me atrevería a decir que yo sé mejor que nadie lo intratable que puede llegar a ser Louise. Pero también sé que por dura que Louise sea a veces con los demás, siempre es aún más dura consigo misma. —Movi6 la mano en un gesto de displicencia—. El suyo es un temperamento artístico. Y ya ahora tiene mucho más talento del que jamás tendrá la señora Campbell, la verdad sea dicha, y lo tiene desde hace tiempo. Ella misma se dio cuenta cuando todavía era su alumna. En realidad, ese fue el problema.

Algo pesado cayó al suelo en el piso de arriba, justo encima de ellas. Una voz masculina exclamó: «¡Idiota!». Cora alzó la mirada. Myra pareció no oír nada.

—¿Estás diciendo que será... difícil de controlar? —preguntó Cora.

—No. Al contrario. Quiero aplacar tus temores. Verás, sea cual sea el temperamento de Louise, tendrás más influencia de la que nadie ha tenido jamás sobre ella, incluida yo. Tú eres su billete

a Nueva York, y ella lo sabe. En cuanto llegues allí seguirás teniendo una gran influencia, porque si tú decides regresar a casa, ella tendrá que hacerlo también. Eso su padre lo ha dejado muy claro.

Arriba, en algún lugar, se rompió un cristal. A eso siguió de inmediato un grito femenino pero gutural. Cora dirigió otra mirada al techo, y luego al rostro indiferente de su anfitriona.

—De modo que contigo —prosiguió Myra— nuestra pequeña leona debería ser dócil como un cordero. Sabe lo mucho que me ha costado convencer a su padre de que la deje ir, y no pondrá en peligro el resultado. Para ella, estudiar con Ted Shawn y Ruth St. Denis es una oportunidad extraordinaria. ¿Has oído hablar de Denishawn?

Dejó caer esta última pregunta como de pasada, como si en realidad no necesitara respuesta. Cora estuvo a punto de asentir, pero de pronto se dio cuenta de que debía ser sincera y movió la cabeza en un gesto de negación. Myra parecía atónita.

—¿No conoces la compañía de danza Denishawn?

Cora volvió a negar con la cabeza.

—Pues es la compañía de danza más innovadora del país. ¿No fuiste a verlos cuando estuvieron aquí en noviembre pasado? ¿En el Crawford?

Cora, ya irritada, volvió a negar con la cabeza. Recordaba vagamente los anuncios de un grupo de danza, pero ni ella ni Alan habían sentido interés. Myra la observaba con la frente un tanto fruncida. Era evidente que acababa de formarse una opinión.

—Pues no sabes lo que te perdiste. Ted Shawn y Martha Graham interpretaron los papeles principales, y estuvieron fabulosos. No como las memeces que suelen llegar aquí, a provincias. —Con el ceño arrugado, lanzó una mirada por la ventana delantera—. Denishawn ofrece danza moderna que es realmente moderna, artística. Su coreografía está un poco en deuda con Isadora Duncan, pero no del todo. También ellos son innovadores, y son los mejores. —Callándose por un momento, se miró las manos—. No sabes cuánto me alegro por Louise.

Cora oyó claramente una bofetada, y otro grito que podía atribuirse a la parte agredida, fuera cual fuese su sexo. Aclarándose la garganta, señaló el techo.

—¿No deberíamos ir a... investigar?

Myra dirigió la vista al techo.

—No hace falta —musitó, alisándose la falda—. Ella misma vendrá a nosotras, no te quepa duda.

Unos pasos bajaron por una escalera, incluso más rápidos y ligeros que los de June.

—¡Mamá!

Myra no contestó.

—¡Mamá!

—Estamos aquí, cariño —respondió Myra, levantando la voz—. En el salón. Comportándonos civilizadamente.

En la puerta apareció una chica con la mano derecha en el hombro izquierdo, los ojos oscuros empañados por las lágrimas. Cora no tuvo la menor duda de que tenía ante sí a Louise: incluso llorando y con la piel en torno a los ojos hinchada a causa de la ira, era de una belleza espectacular. Baja y menuda como su madre, tenía también la misma tez pálida y la cara en forma de corazón, así como los mismos ojos y el mismo pelo oscuros. Pero su mandíbula era más firme, y sus mejillas aún tan angelicales como las de la pequeña June. Todo esto lo enmarcaba el excepcional cabello negro, lustroso y lacio, cortado justo por debajo de las orejas, con las puntas dirigidas al frente a ambos lados como si fueran flechas que señalaban sus labios carnosos. La lisa cortina formada por el denso flequillo se interrumpía bruscamente justo encima de las cejas. Viola tenía razón. Pese a lo mucho que se parecía a su madre, esa chica era ciertamente única.

—Martin me ha pegado —dijo.

—¿Pegado? —preguntó Myra—. ¿O abofeteado? Después de años viviendo con vosotros dos, supongo que sé distinguir la diferencia al oírlo, incluso a un piso de distancia.

—¡Me ha dejado marca!

Louise apartó la mano y se levantó la manga del vestido de color crema para mostrar una porción de piel que no solo estaba roja, sino que empezaba a amoratarse en la parte superior. Cora ahogó una exclamación. Louise la miró, pero solo por un momento.

—Martin es más grande que yo. Es mayor. Y estaba en mi habitación, ¡leyendo mi diario! ¿Cómo puedes tolerarle semejante nivel de insolencia? —Se señaló el brazo—. ¿Y de violencia?

Myra sonrió, a todas luces encontrando gracioso el dramatismo que destilaban las palabras de su hija. Cora, en cambio, consideró legítimas ambas preguntas. La marca en el brazo de la chica presentaba mal aspecto. Si ese tal Martin era mayor que Louise, debía de rondar la edad de los gemelos. Y Cora no se imaginaba a Howard ni a Earle golpeando a una chica menor, ni de hecho a ninguna chica. Sencillamente no serían capaces. Y si uno de ellos, perdiendo la cabeza, llegara a hacerlo, tendría que rendir cuentas ante Cora y Alan, quienes se tomarían un incidente así mucho más en serio que la mujer que permanecía sentada ante ella con una sonrisa.

—La insolencia y la violencia de tu hermano no serán un problema para ti durante mucho más tiempo —dijo Myra, ahogando un bostezo—. Y podrás tener tu preciado diario a salvo en Nueva York gracias a esta mujer. Louise, me gustaría presentarte a Cora Carlisle.

La chica miró a Cora. No dijo nada, pero su expresión era una evidente mezcla de repulsión y tolerancia. Cora no imaginaba qué había en ella para inspirar tales sentimientos. De cara a esa visita se había esmerado en ofrecer una imagen agradable. Llevaba un vestido modesto pero elegante, e incluso un largo collar de cuentas. Desde luego, vestía tan bien como Myra. Pero el desprecio en los ojos de esa chica era inequívoco. Era la expresión con que un niño mira el brócoli que debe comerse antes del postre, la habitación que debe limpiar antes del juego. Era una mirada de temor que resultaba mucho más insufrible por la juventud y belleza de la chica, por su tez pálida y el mohín de sus labios. Cora notó que se sonrojaba. No había sido objeto de tal condescendencia desde hacía años.

Se apresuró a levantarse y tender la mano.

—Hola —dijo, sonriente, y miró a la chica a los ojos. La diferencia de estaturas, decidió, le sería útil—. Encantada de conocerte. Espero que tengamos un viaje maravilloso.

—Mucho gusto —respondió la chica con un tartamudeo. No sabía mentir tan bien como su madre ni de lejos. Dio a Cora un flácido apretón de manos y volvió a aferrarse el brazo dolorido.

—Siento lo del brazo. Eso tiene que doler.

No era más que la verdad, pero Cora lo dijo amablemente, y fue como si hiciera girar una llave invisible. Los preciosos ojos volvieron a arrasarse en lágrimas, y esta vez parecieron posarse en Cora de otra manera.

—Gracias —respondió Louise—. Sí duele.

—Nunca había oído hablar de Denishawn —dijo Myra. Permaneció sentada, sonriendo a su hija, expectante. Cora experimentó el primer amago de una fuerte antipatía.

—¿Nunca ha oído hablar de Denishawn? —También Louise pareció quedarse de una pieza.

—No —respondió Cora. Confiaba en que si lo dejaba claro de una vez, quizá no se lo preguntaran ya más.

La chica y su madre cruzaron una mirada. Fijaron la vista en Cora con aquellos ojos oscuros idénticos, más parecidas que antes.

—¿Por qué vas, entonces? —preguntó Myra con un tono cordial, pese a que su sonrisa no tenía nada de cordial—. ¿Qué te atrae de Nueva York?

Cora tragó saliva. Debería haber previsto esa pregunta, y preparado una respuesta. Vagas asociaciones con la ciudad de Nueva York desfilaron por su mente: la estatua de la Libertad, los inmigrantes, la venta ilegal de alcohol, la miseria de las casas de vecindad, Broadway.

—Me encanta el buen teatro —contestó.

Louise ahogó una exclamación. Su sonrisa no se parecía en absoluto a la de su madre: su satisfacción era tan sincera como lo había sido antes su desdén.

—¡Bien, pues! ¡No está usted tan mal después de todo!

Cora no supo cómo interpretar esas palabras.

—Para mí, el teatro es la pera —afirmó Louise—. Quiero ir a todas las representaciones de Broadway.

Cora asintió afablemente. No le importaba ir al teatro. Myra observó a Cora con la cabeza ladeada.

—Es curioso. No recuerdo haberte visto nunca en las funciones aquí en la ciudad.

Cora rebuscó en su memoria alguna obra a la que hubiera asistido en los últimos cinco años. Nada. Prefería ir al cine, ver las caras de cerca. Y no le importaba tener que leer.

—No ha dicho que le guste el teatro local, mamá. —Louise se volvió hacia Cora—. Se refiere al teatro de calidad, ¿verdad? No la culpo. Aquí es todo un horror, lo mismo pasa con la danza. Estoy impaciente por ver una representación auténtica.

—También yo —coincidió Cora. Louise y ella se sonrieron. Supuso que Broadway no le disgustaría.

—Louise, querida —dijo Myra sin apartar la mirada de Cora—, me alegro mucho de que seáis tan amigas. Pero la señora Carlisle y yo aún tenemos unas cuantas cosas de las que hablar.

Louise miró a su madre y luego a Cora, como si esperara discernir cuál sería exactamente el tema de la conversación. Al no recibir indicación alguna, se encogió de hombros y se volvió para marcharse. Cuando pasó al lado de la mesita de centro, agarró el primer libro de la pila sin mirar el título. Echó un vistazo por encima del hombro.

—Ya nos veremos en julio —exclamó. Agitó la mano que sostenía el libro en un gesto de despedida y dirigió a Cora un brevísimo guiño.

Myra la informó sobre los detalles: Louise y ella se alojarían en un bloque de apartamentos cercano a Riverside Drive que había recomendado Denishawn. Leonard ya había comprado los billetes de tren y pagado por adelantado el apartamento, aunque, advirtió Myra, quizá fuera mejor que Louise pensara que el alquiler se pagaba semanalmente. Cora administraría el dinero para gastos; él le entregaría al menos el monto equivalente a una semana cuando fuera a despedirlas a la estación, y le enviaría el resto por giro telegráfico a petición de ella. Los fondos no eran inagotables, pero no tenía que ser especialmente frugal: querían que Louise experimentara Nueva York, o al menos una parte de la ciudad. Los museos. El teatro. Los restaurantes. De

hecho, cualquier forma de entretenimiento saludable estaba bien.

Mientras Myra le hablaba, Cora la observó y se ablandó un poco. Tal vez todo ese esnobismo con Denishawn escondía ciertos celos, o una simple inquietud materna. Quizá Myra habría deseado acompañar ella misma a Louise. No debía de ser fácil enviar así a una hija con una simple conocida. Y Myra se había tomado la molestia de organizar el viaje con una acompañante, de buscarla. Obviamente, aquello le importaba. Quizá solo estaba preocupada, como lo estaría cualquier madre.

De modo que cuando llegó la hora de marcharse, y Myra y ella estaban en el amplio y oscuro vestíbulo, Cora hizo acopio de valor.

—Quiero que sepas —le dijo a Myra, encogiéndose un poco para no sentirse tan alta— que te agradezco que me hayas contado lo de la profesora de danza, esa con la que Louise no se llevó bien. Pero, de verdad, a mí me da la impresión de que tu hija es una jovencita encantadora. Según me han contado, incluso va a mi iglesia.

—Iba —replicó Myra con tono inexpresivo.

—Ah, bueno. En cualquier caso, quiero que sepas que puedes quedarte tranquila respecto al viaje. He hablado de ir al teatro, sí, pero te garantizo que me tomaré muy en serio mi responsabilidad principal. Doy por hecho que Louise es una chica decente, pero me aseguraré de mantenerla a salvo.

Myra enarcó las cejas, sonriendo como si Cora hubiese hecho un comentario gracioso.

—Fue Leonard quien insistió en la acompañante —dijo, abriendo la puerta al sol y al calor. Se protegió los ojos con la palma de la mano, pero su sonrisa permaneció inalterable—. Encontrarte a ti fue idea suya. Yo solo quiero que vaya.